

La causa de la miseria del mundo y de nuestra debilidad está en que para todo hay lugar en nuestro corazón, menos para Aquel que para sí lo hizo. Los zorros de la prudencia de la carne tienen en él profundas y sinuosas madrigueras; los pájaros de la vanidad y de la frivolidad tienen en él sus bien calientes nidos. Únicamente para Jesucristo nuestro Salvador no hay en él el más reducido espacio. ⁽¹⁾

Así, pues, ¿a qué decir más tocante á ese asunto? Tenga el Salvador suficiente lugar en nuestro corazón para vivir en él y reclinar allí su cabeza, y nos hallaremos en el camino que á la salvación conduce.

Si necesario nos fuera resumir en dos palabras cuanto el mundo necesita para salvarse, bastaríanos con repetir lo que dice el Apóstol: «Os ruego que no os dejéis desalentar en las aficciones, sino que Jesucristo viva en vuestros corazones por la fe, para que, arraigados y establecidos en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál sea la latitud, la longitud y la profundidad del amor de Jesucristo, y que de esa suerte resultéis henchidos con toda la plenitud de Dios». ⁽²⁾

(1) Gregor. Magn., *Moral.*, 19, 2.

(2) Eph., III, 13 y sig.

PRIMERA PARTE

LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

CONFERENCIA PRIMERA

LA MÍSTICA NATURAL

1. **El Cristianismo es una Revelación nueva, sobrenatural, que procede de lo alto.**—La crítica incrédula, la pretensa historia de las religiones y de los dogmas, hasta debiéramos decir, quienquiera que se precie de hallarse á la altura de la época, no se cansan de afirmar que la Revelación cristiana no debe y no puede considerarse de otro modo que todo acontecimiento ordinario de la civilización puramente humana. «Por otra parte,—añaden los representantes de esas ciencias nuevas,—sus pretensiones limitanse sencillamente á que se la mire como un progreso que, en su tiempo, fué inmenso, pero que más tarde debió dejar puesto á progresos de mayor importancia». ⁽¹⁾ De hecho, no es más que el natural y necesario resultado del desarrollo intelectual de la antigüedad, por decirlo así, el precipitado de la atmósfera que se había extendido sobre el mundo pagano, en el siglo primero de la era cristiana. Quien no admita tal principio, que es el punto de

(1) Tocante á la difícil tarea del estudio comparativo de las religiones, véanse el libro, clásico en la materia, del ilustre Abate de Broglie, el voluminoso tomo del P. Juan Mir y Noguera, y la colección de la sabia *Revue des Religions*, que, desgraciadamente, dejó de publicarse.—N. del T.

arranque para la exacta inteligencia de la civilización y del Cristianismo, renuncia no solamente, por lo que á él toca, á toda ciencia, sino que igualmente renuncia á comprender la naturaleza de la nueva religión y el secreto de su rápida expansión por todo el globo».

Varias veces ya, hemos dado la única respuesta debida á tal afirmación, y pudiéramos tener por concluido el asunto. Sin embargo, aprovecharemos esta ocasión para volver á él, pues que la historia de la mística nos ofrece una prueba de su falsedad, tal como no pudiera ofrecerse de más brillante manera. ⁽¹⁾

Como es sabido, enseña la dogmática cristiana que se dan en la Revelación cristiana misterios propiamente dichos, no doctrinas que deben tenerse reservadas como los antiguos misterios, ⁽²⁾ sino verdades que el hombre, sin la Revelación sobrenatural, y abandonado á las propias fuerzas de su razón, no puede descubrir por sí mismo, y que después de la Revelación que de ellas se le hizo, debe creer, sin poder jamás profundizarlas, ⁽³⁾ ni explicarlas por completo. ⁽⁴⁾

Pues bien, esa doctrina vese confirmada de manera por demás curiosa en el terreno que vamos á explorar.

El Cristianismo contaba ya varios siglos de existencia; había suscitado nueva vida en el mundo, transformado con sus doctrinas las aspiraciones de las almas, y las almas mismas, de tal suerte que el abajamiento de Dios á nosotros, producía de nuestra parte la obligación de elevarnos á Él, en la medida de las fuerzas á nosotros por Él otorgadas. Al ver comprometido seriamente lo que de vida le queda-

(1) Para los estudios fundamentales de Mística, véanse los libros del alemán Görres, y los del Abate Rivet.—Para los Orígenes del Cristianismo, las obras del Abate Fonard, del Abate Thomas, y del P. Fontaine.—N. del T.

(2) Tertull., *Valentin.*, 1. Irin., 3, 15. Orig., *C. Cels.*, 3, 21.

(3) La fe no priva el respetuoso estudio de sus misterios.—N. del T.

(4) I Cor., II, 7 y sig. Clem. Alex., *Strom.*, 2, 2, 8. Chrysost., *I Cor. hom.* 7, 2. Theodoret., *In Col.*, 1, 26. Isidor. Pelus., *Ep.* 2, 192. August., *Ps.* 138, 31; *Vera relig.*, 17, 33. Thomas, *C. Gent.*, 1, 5. Conc. Vat., *ses.* 3, *cap.* 4; *ses.* 4, *cap.* 1. Denzinger, *Enchiridion*, 474, 475, 1497, 1503, 1525, 1527, 1534, 1556, 1760.

ba, el Paganismo, ya medio muerto, sentía que había llegado la hora de oponer un dique poderoso á la marcha victoriosa de su enemigo, si no quería perecer sin lucha y sin honor. Y bien, ¿qué obstáculo atravesó en su camino? La más exagerada elevación personal del hombre, y el intento de rebajar á Dios hasta el hombre. Tal fué el mayor esfuerzo del espíritu humano abandonado á sus propias fuerzas. ¿Cómo entonces hablar de vínculo alguno entre el Paganismo y el Cristianismo? El neoplatonismo,—pues de él es de quien hablamos,—es precisamente la antítesis del Cristianismo.

Ciertamente, su punto de partida es el mismo, á saber, el sentimiento y la declaración del olvido general de Dios, de nuestra triste situación personal, y de la decadencia que reina en todo el mundo. Mas los caminos seguidos por cada uno de ellos en particular no podrían ser más opuestos.

El Cristianismo viene en socorro nuestro, mostrándonos á Dios que se digna bajar á nosotros y socorrernos en nuestra indigencia. El neoplatonismo pretende ayudarnos, invitándonos á elevarnos mediante nuestras propias fuerzas á una altura sobrehumana, hacia Dios, y aun más allá de Dios. Según él, no cabe darse inteligencia en lo que de más sublime hay en nuestra religión, la elevación sobrenatural del hombre hacia Dios mediante la bajada de Dios hacia el hombre. Es lo que impresionaba ya á San Agustín, en una época en la cual hallábase todavía aprisionado en las redes del error, y muy apartado de la fe. ⁽¹⁾

Sí, el Cristianismo es enteramente extraño en punto á la manera de pensar del hombre puramente terrestre, tan extraño, que según el testimonio del mismo Hijo de Dios, no entiende lo que del Espíritu de Dios procede. ⁽²⁾

2. La naturaleza adelántase á las exigencias de la razón.—Mas eso no quiere decir que entre el orden natural y el sobrenatural medie un abismo imposible de llenar.

(1) Augustin., *Confess.*, 7, 9, 13, 14, 15.

(2) I Cor., II, 14.

Quien en tal sentido entendiérase las enseñanzas del Cristianismo, ó quisiera predicar él mismo esa doctrina, padecería grave error. ¡No! la diversidad no se identifica con la contradicción, y porque dos orillas se hallen separadas, no quiere decir eso que sea imposible reunir las.

Tampoco en esta materia, el dogma cristiano nos ofrece duda alguna. Por doquiera, efectivamente, en los asuntos de fe, como en los deberes de la vida cristiana, presentamos como modelo á Aquel de quien se dijo que sus dos naturalezas tan profundamente diferentes hállanse unidas en una sola y única persona, sin que ninguna de ellas haya sufrido el más leve menoscabo, para obrar de esa suerte lo que se requería para nuestra salvación. ⁽¹⁾

La doctrina del Maestro mándanos, ciertamente, que distingamos con exactitud el orden sobrenatural, por ella fundado, del orden natural; más también nos impone el deber de cumplir nuestra doble tarea, la del cristiano y la del hombre, de manera que se dé entre ambas la más cabal armonía.

El hecho de creer en Jesucristo y de seguir su ley, no confiere, pues, á nadie el derecho de creerse desligado de una obligación que por la naturaleza le corresponde, y en virtud de su posición civil. Nadie tampoco tiene derecho para pretexto los asuntos de la vida terrenal para dispensarse de intentar alcanzar el más elevado fin de la vida cristiana. La doctrina y el ejemplo de Jesucristo pidenos, y precisamente á causa de nuestra fe, que hagamos cuanto es posible para cumplir lo más perfectamente que podamos nuestro destino humano. Pero al mismo tiempo enséñannos que únicamente la Revelación sobrenatural es la que nos indica ese fin hacia el cual nuestra naturaleza esfuérsese en subir, fin sin la posesión del cual jamás encontramos la verdadera satisfacción y la dicha verdadera.

Pues bien, no cabe dudar que ese fin nos haya sido propuesto únicamente por Jesucristo. Solamente por él tene-

(1) Leo Magn., *Ep.* 28, 3 *ad Flavian.*

mos su claro conocimiento, y únicamente por su gracia poseemos la fuerza de aspirar á él.

Sin embargo, nuestra naturaleza hácenosle ya desear con ardor. Pues, por más de que se halle debilitada por la corrupción original, hasta el punto de no poder satisfacer á su propia labor, no puede, sin embargo, ahogar jamás en sí cierto vago deseo de llegar á más elevado fin que aquel al cual debiera tender naturalmente, y aun al más elevado fin que exista. Ó más bien, precisamente es el malestar producido por su debilidad y por interiores sufrimientos, quien la empuja á tener sus aspiraciones al bien supremo. Y éste no tiene más que ofrecerse á ella bajo cualquiera forma, para que ella inmediatamente se una á él, si cede á sus buenas inclinaciones, ó se encierra tenazmente en sí misma, si se deja arrastrar por sus instintos perversos, y trata de satisfacer, mediante sus propias fuerzas, su inextinguible sed de perfección, sed que, dado el estado de decadencia en que se halla, debe naturalmente expiarse mediante los más grandes errores y merced á inútil gasto de fuerzas.

3. En el mismo Paganismo, nótese viva tendencia hacia la mística natural.—La historia de los primeros siglos del Cristianismo ofrécenos una prueba evidente de cuanto acabamos de manifestar.

Por grande que haya sido la decadencia de la humanidad al finalizar la antigüedad; por grande que haya sido el gusto que tuvieron sus más preclaros representantes, políticos, filósofos, poetas, en proclamar que todos los esfuerzos para llegar á ser santo son inútiles, porque un mundo, la decadencia del cual va acentuándose cada día más, está irremediamente perdido; por espantosa que haya sido la epidemia del suicidio, pues hubiérase dicho que la humanidad había perdido las fuerzas y el gozo de vivir, el hombre, á pesar de eso, no podía familiarizarse con la idea de verse llamado á la ruina. Por el contrario, la naturaleza humana hizo ver entonces una vez más, como lo hizo en los tiempos de la mayor decadencia, que puede

verse espontaneamente asolada, más no enteramente destruída.

El retorno á la barbarie en las cosas exteriores, por una parte, y el intolerable vacío interior, por otra, empujaban al hombre, que todavía conservaba un resto de aspiraciones elevadas, á sustraerse á esa existencia miserable, y á buscar un refugio en un mundo mejor y más puro. Mas cuando allí se había refugiado en espíritu, más vivamente sentía el abatimiento producido por el alejamiento de Dios, bajo el peso del cual había siempre gemido la antigüedad.

En sus supuestos mejores tiempos, habíase sumergido en las delicias de la tierra, y había tratado de embellecer lo mejor posible esta mansión, para no pensar en Aquel cuya proximidad érale tan penosa como el alejamiento. Mas es ese un medio desesperado que jamás produce sino un efecto á medias, y tal efecto no persiste más allá del tiempo durante el cual estrecha el mundo á su víctima en sus brazos seductores. Á partir, pues, de los Césares, el paganismo, ora rechaza con furor al hombre, ora intenta ahogarle entre el cieno. Por eso únicamente restábale á éste la solución de volver hacia Aquél de quien hasta entonces habíase mantenido alejado.

Así se explica fácilmente la inclinación hacia la vida interior y hacia el misticismo, á los cuales tan extraño había sido otras veces el mundo antiguo, y que se apoderaron tanto más vivamente de él, cuanto que él precipitábase más hacia su fin.

Mas quien pretendiese creer que esa es la atmósfera al calor de la cual el Cristianismo desarrollóse enteramente solo, como la brizna de hierba bajo la influencia del sol, caería en singular error.

Prescindiendo de que el Cristianismo existía ya por lo menos un siglo antes de que las primeras señales del movimiento que acabamos de indicar se hubiesen manifestado en el paganismo, la naturaleza íntima de la religión cristiana, por una parte, y la elevación personal pagana, por

otra, no tienen vínculo alguno de parentesco. Por el contrario, media entre ambas la más completa oposición.

Esa mística del paganismo hállase únicamente fundada en la desesperación de poder hacer algo con el mundo. Epicteto, Marco Aurelio, Plotino, abandónanle á su triste suerte como incorregible, y tratan únicamente de salvarse á sí mismos del naufragio, sin apurarse por los demás.

El Cristianismo pone manos á la obra para transformar el mundo, con ánimo sencillo é infantil, hasta tal punto que con frecuencia se creyó no poder explicar esto sino por la carencia completa de experiencia en sus primeros adictos. El Cristianismo pretende crear algo enteramente nuevo; la antigüedad vuélvese á sus supuestos mejores días y á los héroes que han resplandecido en su cielo, á Zenón, Platón, Pitágoras. El paganismo, y ahí está la más señalada diferencia entre él y el Cristianismo, pretende unir el abismo que separa lo de acá de lo de allá, y quiere hacer algo mejor únicamente por sí mismo; el Cristianismo indícanos los medios para salir de nosotros mismos, y nos invita á no esperar la salvación sino de lo alto, sin descuidar, no obstante, nuestra cooperación personal. Ofrécnos la salvación en nombre de Dios, de suerte que nosotros no tenemos más que aceptarla y aplicárnosla.

4. Base natural de la mística.—Es, pues, inútil que nos dirijamos primeramente al Cristianismo para hallar la inclinación á la mística. Tal inclinación existe por doquiera en donde todavía se halle un resto de naturaleza sana y vigorosa, por donde quiera que se manifiesten esfuerzos un tanto enérgicos para llegar al bien. El hombre formal no encuentra su reposo en caminar cómodamente con la innumerable multitud por el ancho camino que á los abismos conduce. Por el contrario, si desea vivir en paz consigo, vese obligado á dirigir sus aspiraciones hacia algo mejor.

Desde este punto de vista, nosotros, cristianos, portámonos con frecuencia de manera indigna de nuestra naturaleza humana. Con excepción de la palabra *lógica*, ape-

nas dase ninguna otra que más ingratamente suene á los oídos de nuestra generación que la palabra *mística*.⁽¹⁾ Esa doble repulsión es del todo natural. Hace ver cuánto, en nuestra debilidad y en nuestra molicie, nos asustamos de toda consecuencia, sea teórica ó sea práctica. Porque ¿qué otra cosa es la mística sino la vida cristiana, es decir, la vida digna del hombre, llevada lógicamente hasta la perfección?

Cuando alguien, efectivamente, conténtase sencillamente con tomar en serio las exigencias de la razón y de la conciencia; cuando, en otros términos, admite y practica en todo su rigor lógico los principios de la moral puramente natural, ése encuéntrase ya en el terreno de la mística. Con razón se ha dicho de Platón que podría encontrarse en sus obras, ó por lo menos deducir de ellas, las enseñanzas fundamentales más importantes de la mística. Y los neoplatónicos hanlo hecho añadiendo ideas nuevas.

Contrariamente, todo observador atento, notará con admiración el ver que los mejores autores ascéticos y místicos cristianos asientan la exposición de su doctrina sobre la más árida filosofía y la ética más árida.⁽²⁾ Quienquiera que coja uno de esos innumerables libros de *Ejercicios*, que exponen según San Ignacio la idea fundamental de la vida cristiana, pregúntase, desde los primeros capítulos, si se trata de un autor espiritual cristiano, ó de un lógico, ó de un matemático al modo de Spinoza. Muchos tratados de mística, como por ejemplo la gran obra de José del Espíritu-santo, comienzan enteramente como si las hubiese escrito Aristóteles. La pretensa oposición entre la escolástica y la mística es tan profundamente falsa, que es cosa de preguntarse si los que la proclaman han leído alguna vez los místicos. Con frecuencia se desearía que és-

(1) Sobre las diferentes y á menudo extrañas explicaciones de la palabra, cf. Pachen, *Introduction á la psychologie des mystiques*, 27 y sig. Joly, *Psychologie des saints*, (8), 37 y sig. Cf. más abajo, conf. V, y Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 124 y sig.

(2) ¿No merecen verse exceptuados de ese juicio el P. Faber, Monseñor Gay, el Abate Sauvé y el Abate Planus, y aun el P. Blot?—N. del T.

tos hubiesen llevado la lógica y la teoría no tan allá.

No obstante, ese exceso tiene también sus ventajas. Muéstranos del más claro modo que la mística no consiste en vagas elucubraciones de algunos espíritus cristianos desarreglados, sino que tiene sus raíces en el suelo profundo y firme del natural pensar, y en el instinto siempre indeleble que mueve al hombre hacia su más elevado fin.

5. La mística puramente natural debe forzosamente degenerar.—No obstante, solamente tiene allí sus raíces; y sobre tales raíces el árbol no brota por sí solo. Por sí solo no se desarrolla perfectamente; por sí solo no da flores ni frutos. Necesita un cultivador experimentado, teniendo en cuenta que las raíces mismas, la naturaleza humana, la razón, la voluntad, el corazón, la conciencia, hállanse dañados y corrompidos. Sin purificación por una parte, y sin mejora por medio de la inoculación de mejores jugos por otra; sin el auxilio bienhechor de una dirección más alta; en una palabra, sin un poder y sin una dirección sobrenaturales, la mística no podría crecer.

De ello tenemos la mejor prueba en la historia de los esfuerzos que el paganismo agonizante opuso al Cristianismo desde ese punto de vista.

Según hemos ya dicho, la mayor falta cometida por esos pretensos reformadores ó salvadores, y al propio tiempo la fuente de todos los demás extravíos, consistió en pretender basar su mística tan sólo sobre el hombre. Manifiestamente era ese el único medio posible,—como por otra parte, fué siempre el único posible—si querían sustituir la religión sobrenatural con una religión puramente natural.

Mas la cuestión está en saber si procediendo de esa suerte, han encontrado fundamento seguro y sano, en otros términos, si apoyándose en el hombre, han hallado una base natural verdaderamente pura é intacta, para el edificio que pretendían levantar, y si, sobre tal base, es